

Otra vuelta de tuerca

Spinoza y Borges

4/10/99

El encuentro de dos

Jorge Luis Borges quiso escribir un libro sobre Baruch Spinoza, para lo cual reunió una profusa bibliografía sobre el autor de la *Etica*, de la que poseía versiones en castellano, francés, inglés y alemán. "Me he pasado la vida explorando a Spinoza", confesó. Sin embargo, nunca escribió ese libro, aunque con el intervalo de diez años, compuso dos sonetos en homenaje al filósofo. ¿Por qué un hombre que dedicó una larga vida productiva a la literatura —escribió durante más de 60 años— no pudo llevar a cabo ese proyecto? ¿Qué se lo impidió?

"Junté los materiales, y luego descubrí que no podía explicar a otros lo que yo mismo no pude explicarme", admitió. Quizás la resistencia de Borges a escribir, finalmente, el libro sobre Spinoza fuera la misma que sentía para hablar de sí mismo. Borges poseía un gran sentido de la reserva, aunque paradójicamente, la notoriedad —no buscada— lo llevó en las últimas décadas de su vida a estar en la mira de los medios de comunicación, incluso de aquellos más sensacionalistas. Por ello, al enterarse de que podría ser un cáncer incurable, decidió, contra todos los condicionamientos familiares e incluso ideológicos, mudarse, para morir en paz, en una ciudad extranjera.

Aquella sospecha se incrementa leyendo la transcripción del diálogo que Borges sostuvo la tarde del 16 de enero de 1981 con el público que escuchó su conferencia sobre Spinoza en el salón de actos de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Uno de sus oyentes, uno de los psicoanalistas que estaban allí aquella tarde, le preguntó por qué había dicho Borges que Spinoza nunca podría haber hablado con Quesado. Debe explicarse que antes, en otro momento de la conferencia, se había manifestado de que en la biblioteca del filósofo de La Haya estuvieran Cervantes y Quesado. Y Borges, ante la pregunta de su interlocutor, se expresó sobre la desmesura de Quesado. Pero lo hizo de una manera sorprendente, de una manera que instaló la hipótesis en la que se basan estas líneas. Es sorprendente, en efecto, la forma que tuvo Borges de aludir a ese triángulo (Spinoza, Borges, Quesado). En la tarde de ese 16 de enero de 1981, en la casa de los psicoanalistas de Buenos Aires, Borges dijo textualmente estas palabras: "Al decir Spinoza creo que pensé en mí. Yo no podría conversar con Quesado".

Dos sonetos

Cuando Borges, aquel 16 de enero de 1981, habló ante los psicoanalistas de Buenos Aires, aún era partidario de la dictadura que entonces gobernaba el país. Había sucedido a correr con Videla, lo elogió, se dejó condecorar por Pinochet, alentaba un golpe de estado contra James Carter.

Pero las cosas habían cambiado cuando Borges volvió a hablar sobre Spinoza, otra tarde, la del 1 de abril de 1985, en la Sociedad Hebrea Argentina. Entre ambas fechas, en realidad a fines de 1981, antes de la guerra de las Malvinas, en un documental para la BBC, hablando en inglés, había dicho: "Al ser ciego, y no leer los diarios, yo era muy ignorante. Pero la gente vino a mi casa a contarme historias tristes sobre la desaparición de sus hijos, esposos, así que ahora estoy bien enterado... Ahora, lo sé todo sobre esa miseria, y esos crímenes...".

Entre una y otra locura, discretamente, sin alharacas, algunas mudas y algunas subido, una y otra vez, al modesto séptimo piso de la calle Bolívar, para hablar, en susurros, poco menos que en secreto, con Borges.

Vida en la sombra

Un poco más de tres siglos antes también hubo vistas discretas en la modesta casa de pensión del decorador Van Deer Spiek, en la Paviljongracht de La Haya, en una de cuyas habitaciones vivía el filósofo y pulidor de lentes Baruch Spinoza. Un sombrío carruaje negro con las cortinas echadas y algunas guantitas embucadas aguardaban al visitante que había ido a entrevistarlo, a sostener largas conversaciones con el inquilino de la casa de huéspedes. Era el Gran Pensionario Jan de Witt, jefe de la república holandesa e impulsor del régimen liberal y progresista, el poderoso Jan de Witt, el mayor político holandés de su tiempo, quien no vacilaba en acudir una y otra vez a la pensión del señor Van Deer Spiek, porque consideraba indispensable discutir con el filósofo los laberintos de la política de su tiempo, una política que se cobraba todas las deudas sobre la persona del Pensionario, a quien las turbas orangistas resucitaban una y otra vez, a quemar las tablas aragonesas. Al renocer la tragedia, el hombre quinto de la Paviljongracht perdió su prudencia proverbial y, desesperado, quiso fijar sobre los

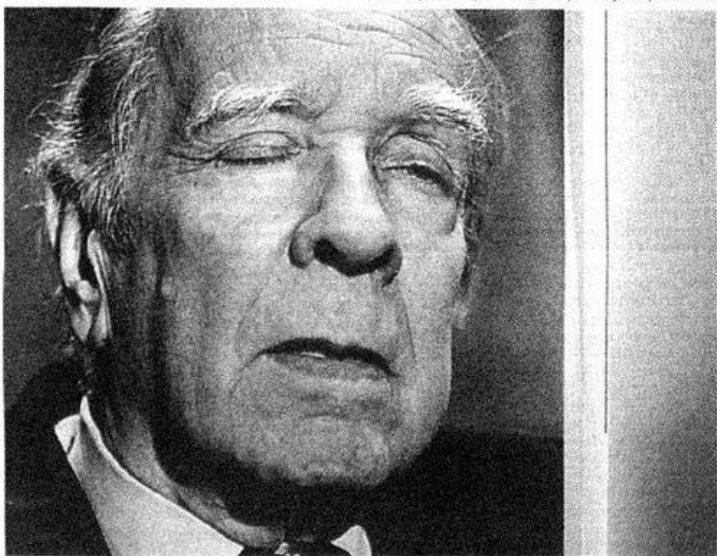
muros, en el lugar del crímen, un libelo acusatorio que redujo y tituló *Uitmi Beroevenen*. Pero el señor Van Deer Spiek se lo impidió, salvándole la vida.

Quizás fueron algunos de estos hechos los que rondaban la cabeza de un hombre de 85 años —sólo le quedaba uno de vida— cuando el 1 de abril de 1985 —el dictador Videla ya no estaba, en el poder sólo en la cárcel— hablaba en la sede de la comunidad judía bonaerense y confesaba: "Me he pasado la vida explorando a Spinoza". Y Borges —podemos imaginar, quienes no estuvieran allí esa tarde, en aquel salón de la calle Sarmiento de Buenos Aires, la voz garganta y quebrada de Borges, su tono incomprensible— explicaba que "Spinoza llevó su voluntad, no diré de engendrar, sino de erigir a Dios, ese cristallino laberinto, hasta el fin". Y de inmediato, Borges pronunció la siguiente invocación: "Pero, mientras él se dedicaba a ese propósito, estaba creando otra imagen. Esa otra imagen no es menos inmortal que la de Dios. Es la imagen que ha dejado en cada uno de nosotros. La imagen de su propia vida. Recuerda una expresión latina, *esse constructus*, vida en la sombra. Es lo que buscó Spinoza y lo que no ha logrado ciertamente, ya que ahora, tantos siglos después, estamos aquí pensando en él, yo trato de hablar de él y todos extrañándolo. Y curiosamente, queriéndolo".

Años antes, Borges, en el primero de los dos sonetos que dedicó a Spinoza lo había nombrado con parecidas palabras: "El hombre quieto que está soñando un claro laberinto". Y diez años más tarde volvió a evocar la pieza de pensión de La Haya, allí donde "el asiduo manuscrito aguarda la carga de infinito, alguien construye a Dios en la penumbra".

Vínculos

En los mismos años en los cuales, en la Argentina del dictador Videla en el poder y luego en la cárcel, Borges evoca e invoca a Spinoza, otro hombre hace lo propio en la cárcel de Rebibbia, en Roma (pero también en otras prisiones esparcidas por toda Italia, las de Rovigo, Fossombrone, Cavi y Trani), donde ha sido encerrado por considerarlo el inspirador del terrorismo de las Brigadas Rojas. Es Antonio Negri, o Toni Negri, catedrático de filosofía y preso político que comienza el libro que escribe en la celda con una frase drástica: "Spinoza es la anomalía". Y explicando que si Spinoza, ateo y maldito, no terminó en la cárcel o en la hoguera, a diferencia de otros innovadores revolucionarios de los siglos XVI y XVII, se debe al hecho de que el mercantilismo



¿Por qué Borges nunca llevó a cabo el proyecto largamente acariciado de un libro sobre Spinoza? El autor argentino Alvaro Abós explora el misterio de la relación entre el genial escritor del siglo XX y el filósofo holandés del XVII, dos hombres que tal vez tuvieron vidas paralelas.

Spinoza y Borges, el encuentro de dos hombres quietos
[artículo] **Álvaro Abós.**

AUTORÍA

Abós, Alvaro, 1914-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Spinoza y Borges, el encuentro de dos hombres quietos [artículo] Álvaro Abós.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile